

ENRÍQUEZ CABOT

❖ La historia de Ruanda nos debe abrir los ojos. Evitemos una erupción masiva de violencia. Hay cada vez más paja seca y muchos tienen cerillos.

Violencia...

JUAN ENRÍQUEZ CABOT

Llegó, hará unos años, a hermosísimo país linda gringuita llamada Jacqueline Novogratz. Llegó en plan de hacer bien. Veía por doquier sonrisas, bosques, flores, plazas, mercados, niños jugando. Empezó a organizar grupos para mejorar ingresos y vidas alrededor de micronegocios...

Era país con hermosos modales y modos. Permeaba la paz. Pero, aunque todos la trataban bien, la Novogratz se daba cuenta, de vez en cuando, entre sombras, de que aparentemente todos sospechaban de todos. Que la gente se cuidaba de sus vecinos. Pero aunque veía estos fantasmas, nunca se dio color, en los años que vivió en el país, de todo lo que yacía atrás. Todo aparentaba calma. El gobierno controlaba, con fuerte liderazgo, aunque no siempre con prístina honradez.

Hasta que un mal día mataron al Presidente. Le tiraron su avión. Finalmente nadie supo quién. Lo que sí se sabe es que se empezó a desatar inusitada violencia. En cuestión de semanas unas cuantas hogueras locales de violencia acabaron esparciéndose hasta ahogar país entero en torbellino de dolor y terror. Resurgieron ancestrales odios étnicos, de clase y regionales. Grupos armados con machetes, cuchillos, palos y piedras salieron a la calle a matar y matar y matar. Salieron a vengarse de toda afrenta, real e imaginaria, a vengarse de años de pobreza, opresión, agravios y miedo.

La violencia no paró hasta que 800 mil personas perdieron sus vidas, la décima parte de la población. Cuando volvió Jacqueline se dio cuenta de que mucha de la gente con la que había tratado, sus amigas, habían sido víctimas y verdugos. A veces ambas cosas. Padres acabaron matando madres e hijos. Hermanos a hermanas. Sirvientes habían

torturado a sus patrones. Niños acabaron decidiendo quién sobrevivía cada día.

Y aunque Ruanda podrá parecerle a muchos lo más distante que existe de nuestro México, habría que ponerle un poquito de atención a lo que primero no entendió la Novogratz y después a lo que, en retrospectiva, aprendió. Porque, entre otras cosas, ya sabemos que en México, una y otra vez, cuando se empieza a desatar la violencia en serio es más que difícil pararla. Y estos días vaya que se desata cada vez más violencia.

Ruanda se autodestruyó porque nadie confiaba en nadie. Todos temían que sus vecinos, su gobierno, policías, jueces y Ejército los lastimaran. Y por tanto muchos salieron a matar primero. Curas y monjas se volvieron cómplices del genocidio, entregando a bandas asesinas a quienes se refugiaron en iglesias. Una de las mujeres con mejor educación y futuro del país, ex amiga de Jacqueline, fue cómplice y promotora de la masacre. Después, en fría celda, le explicó a Jacqueline: "quienes tenían el poder no lo querían soltar. Y decidieron utilizar cualquier método para mantenerlo. Y quienes no tenían poder

decidieron utilizar cualquier método para obtenerlo".

Hoy, en México, aparentemente son los malos quienes practican más y más violencia, los que usan metralleta, decapitan, cocinan su pozole con ácido. Pero quizás la pregunta que deberíamos estarnos haciendo es si bajo la violencia abierta del narco no hay, no borbotea, por abajito, agrio menurje compuesto de años de terror, odio, opresión, enojo, furia y venganza. Habría que preguntarse si décadas acumuladas de austeridad y promesas sin cumplir, de corrupción y arrebatos, de aparente resignación y cinismo no encubren algo que pudiera repentinamente brotar. Esta es película que no sólo la observamos en Ruanda sino también en Colombia, en Líbano. Es más, es película que celebramos y conmemoramos, en México, con cada aniversario de la Revolución. Acá bien sabemos que somos buenos para la violencia indiscriminada. La celebramos.



Fecha	Sección	Página
16.03.2009	Primera	13

Antes de que haya una erupción masiva de violencia hay, desde luego, sombras y temblores. Uno pudiera observar no sólo los cuerpos que a diario aparecen en tanta ciudad sino también la pérdida de control, de legitimidad y monopolio sobre la fuerza por parte del Estado. Uno pudiera observar incrementos en la violencia casera contra mujeres y niños. Un mayor índice de robos con violencia innecesaria. Un tratamiento excesivamente rudo de subordinados y de aquellos sin poder. Más brutalidad contra indocumentados. Más tortura. Cuando estos indicadores se vuelven cotidianos, y cuando se encubren, se esconden, se ignoran, pues entonces se ven las sombras, mas no se prenden las alarmas.

Cuando es tal la violencia del entorno debido al narco es fácil no fijarse en la otra violencia, la que surge del coraje y no del negocio. El problema es que es la segunda que surge, aparentemente de la nada, como una discontinuidad. Y es por eso que el asesinato de un Presidente, candidato, se-

nador, ciudadano prominente puede desatar lo inimaginable. Lo mismo una crisis financiera, una discoteca que se quema, un incidente de más entre policías y estudiantes. Hay mucha paja seca y todos traen cerillos. Sabemos que sacar la violencia a la calle es fácil; guardarla, bien difícil.

Una lección de Ruanda es pensarle con cuidado cómo tratamos a los a veces invisibles: al guardián de la esquina, al niño que empaqueta tus compras del súper, a la sirvienta, chofer y jardinero. Son los pobres quienes son mayoría. Son quienes han intentado apoyar a López Obrador, Cárdenas u otro caudillo. Y han acabado frustrados. Son quienes pierden paciencia esperando el IFE, una reforma de Televisa y Telmex, un mejor empleo. Son quienes esperan que los sátrapas del Ministerio Público o el patrón abusivo reciban justo castigo.

Por tanto, habría que ver y cuidar las estadísticas y tendencias ex narco. Entendamos que puede haber dos corrientes de violencia, una racional aunque detestable, y una que puede desencadenar lo inima-

ginable. Habría que saber cuánta gente está llegando a hospitales y clínicas víctima de violencia intrafamiliar, violencia entre amigos y conocidos. No esperemos los reportes de delegaciones o ministerios en los que nadie tiene fe alguna.

La semana pasada José Ramos-Horta, presidente de Timor, ganador de un Nobel, hombre que lleva dos balas dentro, habló de cómo reconcilió las tremendas divisiones de su país, de cómo logró acotar violencia. Lo más importante, dijo, es mostrar humildad hacia quienes se sienten derrotados. Más que las grandes propuestas, propósitos y promesas, muchas veces es un gesto sencillo, el sólo escuchar, que acabó haciendo toda la diferencia. En Ruanda fueron los que no tenían poder alguno quienes a veces salvaron a sus patronos, los escondieron, los protegieron. Y a veces fueron ellos quienes primero los destazaron. Mucha vida acabó dependiendo de quien antes ningún poder tenía.

PD. Sólo se requiere revisar los comentarios en internet después de la nota de ayer "Reportan estable al hijo del Jefe Diego" para ver lo que ya se cocina abajo...